

RAÚL CÁCERES CARENZO

EL POEMA:
ECO DE ESPEJOS



poesía

El poema:
eco de espejos

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



poesía

RAÚL CÁCERES CARENZO

El poema:
eco de espejos



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

El poema: eco de espejos

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Raúl Cáceres Careno

ISBN: 978-607-495-248-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/27/13

Impreso en México.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Explicación no pedida

Éstos son poemas a la poesía, poemas al poema. Son una suerte de inventario lírico de mis devociones, admiraciones, alianzas, afinidades literarias... Creo que dicen algo del mundo particular –estético y humano– del autor. Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Rubén Darío, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Pedro Garfias, Juan Rejano, por citar algunos nombradores de claridad, han escrito poemas para celebrar la poesía de otros. Éste es, pues, libro de homenajes a la obra de los poetas que han iluminado mi existencia. Un libro de horas cantadas y contadas. Contiene textos de varias épocas y de años recientes. Algunos llevan fechas para ubicarlos en el proceso de mi obra; otros han sido creados o recreados expresamente para este libro.

La arboladura idiomática intenta renacer en diversos ramales estilísticos, según lo pide la voz que anida en cada poema. La escritura se sueña polisémica: todo tiene que ver con todo y habla de todo con todos. La palabra poética nos refleja, nos enjuicia y a veces nos redime. La poesía no busca salvar el mundo sino iluminarlo, pronunciarlo luminosamente. Para *cambiar la sociedad* vivió, pensó y escribió Carlos Marx. La conflagración verbal de Rimbaud desea *cambiar la vida*, enriquecer la realidad, hacer crecer el alma del hombre. Hoy es mañana. Y somos lo que hablamos.

R.C.C.

Para los que quieren mover al mundo
con su corazón solitario.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Dan cristal al cristal, sangre a la sangre
y dan vida a la vida las palabras.

PABLO NERUDA

Los ojos y las uñas de los muertos
van haciendo la tierra.

LUIS RIUS

Cuanto miren los ojos creado sea,
Y el alma del oyente quede temblando.
Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra.

VICENTE HUIDOBRO

Lívidos antifaces del deseo

Hablemos

Poeta, con tu voz escancia el llanto

Hable en luces el alma, Lengua ardiendo.
Un ángel guarde, cuide los vocablos.
Hiera la luz con fértiles venablos
y respire otra llama por la herida.

Poesía: voz humana: ojos: hileras
de infatigable arder; alza las horas
en tu copa de sílabas canoras.
Brindemos por taimadas primaveras.

Lector, por ti, por nos, derrama el canto.

Soñar el son neto

Al poeta José Díaz Cervera

Queremos nuestro ser. Si la escultura
de la luz en los cuerpos no la vemos
tal vez con ojos de fervor hallemos
pies de danza del alma en la escritura.

La verdad que pedimos se da oscura.
De las cosas sagradas no entendemos
el revuelo, la gracia, mas ponemos
en preseas falaces la ventura.

Ya las sombras enturbian ese espejo
con que los dioses dicen nuestra historia.
Sólo la voz te ampara: aquel reflejo

de ciudades, de mundos por escalas.
En la piel del poeta, auspiciatoria,
una rosa de fuego abre sus alas.

Ilusión del relámpago

Toda la noche vi crecer el fuego.

JOSÉ EMILIO PACHECO

(Para decir el fuego / hay que enfrentar / cara a cara / el rostro de la muerte / arrancarle su máscara / y arrojarla a la luz / a los deseos sin fondo / del abismo)

1

A veces
 un relámpago
o un verso
(Altas hondas ciudades)
La gente, tu sonrisa
abierta para siempre:
detenida.

2

Otros rostros: espejos
Apagas tus oídos
Ya no te duele el mundo
nada esperas
Nada sucede; duermes
Pero a veces
un golpe, tus heridas
el sol que huye de ti.

3

Te crucifican
Te escupen, te patean
Te matan en Irak
en el Oriente en llamas
y en el café te dicen:
El poema
debe callar, soñar
ser otra cosa.

4

Ven a encender tus labios
Arde conmigo, habla
o calla para siempre.

Sólo está vivo el polvo
y nuestro mundo sueña
y está lleno
de la ausencia de Dios.

5

Mira la sangre, mira
cómo gotean banderas
Mira el polvo
y mira el aire, el tiempo
el silencio también
y el movimiento mismo
del vacío.

6

Un relámpago, un verso
Cae el instante
 en ruinas
Y te duermes
cuando tu polvo ya
vence a tu polvo.

7

Mi boca dice el fuego:
Música sola, arde
Proclama la ceniza.

¡Ah, palabra!; sepúltame
La mirada de Dios
no se soporta
¡Desándame!
¡Pronúnciame!

Di la cifra, el conjuro
que destrence en el aire
la voluntad de ritmos
de mi oculta escritura.

8

Toda la noche vimos las miradas
y al fuego como al polvo
crecer llenar la noche
de hogueras y desastres.

9

No nos queda otra cosa:
Hay que decir el fuego
y hay que arder.
Dibujemos, entonces
aquí –página blanca–
la anunciada vida
de los hombres.

10

A veces el relámpago
sostiene a las palabras.

Unidad

(Alabanza a la poesía de Jorge Guillén)

¡Qué vasto y dulce el aire!

JORGE GUILLÉN

La luz abre mis ojos

El alma vuelve al cuerpo.

Con elogios a *Cántico*,
Aire nuestro, a *Clamor*,
que son el *Homenaje*
del poema al poema
Le pido a la palabra:

¡Danos el nombre
sustancial de las cosas!
En tu hablar, poeta,
esté la cosa misma
creada por tu alma.
Llévanos con tus ojos
a la casa del ser.
Y en el verso vayan
los hombres a las cosas.
Con la gracia que impone la poesía
ondulen lumbres como dedos del sol.
Jorge Guillén,
desde tu voz irrumpe

el ángel del idioma.
Nombras, tocas la luna
–y los astros palpitan
en espiral de ecos
y esferas en espera.

Sembraste un árbol
que levanta otro árbol
de murmullos y asombros.
Es el árbol que canta.
Caen los frutos, sí,
caen mundos maduros.

El riguroso, fervoroso anhelo
de entregarnos la luz de tus amores
mueve las olas altas de ese vuelo
de tu cantar: sus aves y rumores.

Amores tiene el verso que moldeas
y que entonas y ciñes; ese manto
–hilos hilando cosas que deseas–
nos da voces y alas con encanto.

Voces que claman al callado cielo
para que encienda en las pupilas nuevas
el brillo, el aire que desteja el velo
de sombras que nos atan a las cuevas.

Cadencias de tiempo en vilo escribiste.
Nada del otro mundo. Todo en éste.
Del tumulto de ideas

y de un hervor de huesos
brotó el canto.

Los ríos fraternales del lenguaje
nos llegan de tus cánticos. La fiesta
de sonidos ha poblado de imágenes
los cántaros del alba que se rompen
en pájaros.

Derramas voces y luces
en vocablos que son ecos
de otras luces y otras voces.

De un *Más allá insistente*,
familiar, conversemos.
Con tu voz hablo. Escucha:

Blande, Jorge Guillén, las siete espadas
forjadas en tu fragua: estas espadas
que tienen siete filos: siete versos
de sílabas cantadas.

Entre versos de siete
nada nos desengaña.
La realidad da la suerte.
Con suerte salvas la vida.

Baraja bonito y bien.
El as de oros encanta.
El sueño y los deseos sobrevivan.

1

En azul sueña el aire.
El día me convoca.
Yo no sueño. Y acudo.
Despierto voy. Saludo
a la gente del diario
vivir. Alza la aurora
la rosa clara. Y clama.

2

Poeta, tus palabras
brillan y no se apagan;
vienen desnudas, dicen:
las cosas son como son.
Todo lo enciende el aire.
Sólo lo que nombramos
es ya nuestro, vive, habla.

3

La voz educa al Caos:
lanza acordes de gozos.
Guillén, entre vocablos,
lava ojos, siembra versos
o semillas de este sol.
Sí, el hombre es fábula
de máscaras sinceras.

4

El aire en soplos de luz
nos da aliento; ¡Presencias!
Aspiro aire: Realidad.
El mantel, unos vasos,
la ventana, esa silla...
¡Oh, júbilo, energía
del ser entre esplendores!

5

Estoy, estamos, eres.
Estar es ser. Yo soy.
La creación irrumpe,
airosa, esta mañana;
está latiendo el alma
en danza con las cosas.
Alianzas tengo, hoy, aquí.

6

Un querer ser vivimos:
su ser quieren las cosas.
La oveja, las aldeas,
el espejo, las nubes,
los peces, la estrella,
son su ansia de ser
y estar en voz cantados.

7

El hombre quiere ser:
en su querer perdura;
el cuerpo es forma
y no hay forma sin luz.
Aire de asombros: ¡Día!
El mundo está. El ser es.
El aire vuelve a inflamar
las cosas...

El alma vuelve al cuerpo.
La luz abre los ojos.

Toluca; noviembre de 2008.

Escrituras: Veneros

Si hoy el mundo nos trae la injuria o el rechazo

Vamos a levantar este verso, esta nube,
esta copa que se llena de tiempo
y que combate
y disuelve los fantasmas del día
Que alumbra un instante
y nos deja el relámpago: un latido
para escribir la vida y poner en tus ojos
el dolor de tu hermano
que camina
con su paso de puro resplandor
a oponer al agravio de estos años
el clamor de las cosas y la luz
nuestra de cada día, hermano...

Si es que hoy trae el mundo
la injuria o el rechazo.

Medalla alfonsina

*Alfonso Reyes, in memoriam
Para Alfonso Sánchez Arteché*

Con la pasión del mar, Alfonso Reyes
y ecos del espejo borgiano, invoco
al alma tutelar que siempre toco
cuando leo en tu verbo el sol: sus leyes.

Inscribo en tu perfil las nuevas leyes
que impusiste a las letras poco a poco.
Líneas tuyas en órbita coloco
donde luchan los pueblos y los reyes.

Poeta, este laurel a tu victoria
no es himno ni lágrima: es el verso
que eleva nuestro amor o nuestra historia.

No podemos amar lo que ignoramos.
Nos diste en una nuez el universo.
Nuestra es tu luz: esta voz que habitamos.

Hebra de humo esta voz

Satélite del sol de los sonidos

mi voz forjada en grito de metales
está hecha de espejos y miradas
y conlleva la voz de quien la lea:
la otra voz, la voz de todos.

Imágenes y ritmos al amor del lenguaje.
El alba llega: el rostro de las cosas
es máscara en mi rostro. Y habla, abre
esta ventana:

Un día, a media calle,
mientras el viento trina
viene un acre rumor
de silbatos urbanos.
Mientras corren los días
y mi inquietud reclama
la señal, el aviso,
los tatuajes del verbo;
tú, mi doble, mi hermano,
tú el poeta, el bardo,
a mediodía a media lluvia
a media constelación del polvo
a media hambre, pues, a medio aliento;

solamente recobras sombras, voces...
Aquella tarde ahíta de presagios
cuando tu padre, el cacique, la nodriza,
los maestros, el Consejo de Ancianos,
te dijeron:

Ocuparás tu vida
en reunir y en llevar
una jauría de palabras.
Sólo amarás al fuego.

El poeta no sabe lo que dice.
Recuerda solamente
sílabas, átomos
de la oscura palabra
que desató la vida.

Es que el poeta vive
en las imágenes.
Las encuentra e imprime
su ser en ellas.
Ellas lo muerden
y también lo embellecen
con su agua de oro.
Vuelan a media noche
con la mitad de la muerte
entre los ojos.

En su rosa de espejos
un poeta revive la lumbre
mientras los hombres duermen.
Mientras el mundo calla
el poeta recorre

con el alma en un hilo
los deshielos
las floraciones de la voz.

Rostros en hilera sin fin
los del poema:
Temblo de tiempos
Fulgor de tierra
Condena que deseamos
y que sólo en las
nieblas malditas
y extraviadas
los dioses enemigos
nos conceden.

Ah, Nombrador, Adán en turno
sácale brillo al polvo
ponte al pie de los astros
–sonoros jeroglíficos
que está trazando
el tiempo–
Y salvarás al mundo
por un pelo:
Apenas con el hilo
de tu voz:

Tu voz como esa sombra
que proyecta una nube
en las nubes que pasan.

Hebras de humo tu voz
en el telar de voces de los días.

De mitos culturales amerindios

*A Roldán Peniche Barrera, que escribió
y publicó una creativa versión del Popol Vuh*

Es de maíz el corazón de América.

LUIS CARDOZA Y ARAGÓN



Las palabras y las cosas que no fueron dichas,

que no fueron hechas con amor

se alzaron contra los hombrecitos de barro

(algunos de madera)

malogrados por deidades altaneras

pues estos dioscecillos arrogantes querían

que sus criaturas los enaltecieran y alabaran.

Aquellos fantoches sin gracia concebidos

no tenían luz en sus cabezas ni en sus manos

y se tumbaron en hamacas de ignorancia y pereza.

Y se levantaron contra ellos las cosas y los seres

verdaderos, vivaces:

Las aves, los perros, los peces, las ardillas,

las ollas, los comales, las jícaras, las piedras ardidas,

los maíces mil usos, los leños y las chispas

del fogón de todas las chozas de los pueblos.

El Supremo Hacedor se transformó entonces

en las cuatro radiantes Parejas Formadoras.

Los esperpentos de palo fueron convertidos

por el DIOS SIN NOMBRE

–Ser de todos los rostros–
en monos chilladores, en risibles saraguatos
que al correr de los años
siguen alborotando los montes,
las praderas, aldeas y ciudades
de este mundo.

Esos malandrines, por viejos, aprendieron
a imitar modales y gestos cortesanos.
Se rumora que son los antepasados
de los bufones palaciegos actuales.
Por eso a toda hora, y a deshora, afanosos,
nuevamente hacen muecas, gesticulan
y brincan y se trepan
en hombros de otros simios
a los ramajes del poder.

En el celaje de la noche nuestra brillan rostros:
Son las caras de los Siete Magos Celestes
que traen los relámpagos del nuevo amanecer.



Guardemos memoria, piedad y gratitudes
para aquellos diosecillos soberbios
que se ufanaban de ser fabricantes de hombres
porque dieron las luchas primordiales:
Moldearon figurillas homúnculas
con lodo, con la tierra dispersa, con el heno verde
y al fin, uno de estos diosezuelos aprendices
(uno que era poeta)
le pidió sus granos de maíz
a la Abuela Divina –y adivina–.
Entre todos, entre risas y llanto,
urdieron las humanas esfinges
con la masa del maíz que descubrieron.
Vino la luz y abrió con sus dedos
los ojos blandos de las criaturas
y dio vida y palabras y destino
a los seres que existen.
Así fueron nombrados.
Así fueron fundados los hombres.

De maíz fueron hechos. De maíz fueron creados
los hombres y mujeres que entonces vivieron
en la luz del conocimiento del espíritu.
Muchos han olvidado. Pero otros encienden
con el oro de los maizales irradiantes
las voces del Recuerdo de su Origen.

Han dicho nuestros padres:
Venimos de los primeros hombres
creados por el Supremo Dios

con su Aliento y sus Manos.
Nos fue dada la mazorca sagrada
para sembrar semillas
y días venturosos en la Tierra.
La maldad, la ignorancia
son sólo nubes negras
que deshace el rayo de la aurora.

Hombres de estos tiempos:
Pongamos el fervor de nuestros corazones
en las obras resplandecientes del Maíz.
Vamos a jugar con los dioses del recuerdo.
Vamos a limpiar nuestros ojos
en los ojos y brazos incesantes del sol.
Vamos a vivir. Vamos a pelear.
Vamos a morir combatiendo
para nacer de nuevo en la Patria del Ser.

Toluca; enero de 2012.

Parlamentos

*A los poetas: comediantes de la lengua
y a los actores: poetas de la acción*

Dios habló a Shakespeare

(según Borges) y dijo:

Yo soñé el mundo como

tú soñaste tu obra.

Eres muchos y nadie.

El espíritu nombra:

Elige las obsesiones que asumimos;

le da una forma, su color, el tono

a las pasiones todas.

Y las otras banderas: la locura,

la piel abrigada

por oleaje de cuerpos y deseos

también las despliega

aquel viento que les digo.

Actor; todo eres y nada.

Ángel humano investido

del fuego de la sombra.

Esparcas la poesía

en las ondas del aire.

Pronuncias flamas

(las que soñó el poeta)

Florece el fuego en tu voz.

Fruto del alma es la voz.

Y tu alma
visitada por hombres y palabras
se difunde
en el Juicio Final de las *personas*
(incendio de las máscaras)
que se oficia esta noche.

Lee pues estas líneas
mientras el jefe de luces
prepara la tiniebla
y los amaneceres en la escena;
mientras Hamlet, Segismundo,
Edipo, Orestes, Romeo,
Lucki, Pozzo, César Rubio,
Mascarilla, Pedro Crespo,
Julio César, Macbeth, Moctezuma,
avanzan y se perfilan
en tu rostro...
Comienzan a brillar desde
tus ojos.

Tu palabra, poeta,
es sueño, sombras, hombres,
en la legión de ángeles
que agita los labios del juglar.

Actor; vino la gente hoy
a mirarte y a oírte
vivir nuestras pasiones.
¡Enciende ya
esa hoguera de imágenes
que por tu voz nos habla!

Heraldo

SEPAN CUANTOS

LEYEREN:

Cuando muera
os amaré
un poco más.

Figuraciones voces rostros

El ángel del idioma

San Agustín lo descubrió y nos lo dijo: cualquier persona que conozcamos puede ser un ángel.

Este ángel posible (hombre enaltecido) es el poeta: un ser que guarda el fuego del lenguaje. El idioma se hace y se deshace en los hilos de oro que urden nuestras voces. La memoria es el oro que huye. Pero el deseo escribe.

Los poetas escriben un solo poema, aclaró Borges. En ese poema habla el espíritu, el hombre, o el mundo, el mar, nuestro tiempo, o lo que sea. El ejercicio poético consiste en reflexión y canto; busca la identidad de las esencias.

La luz, el aire, el mar del habla / desatan sus alientos / en un vuelo / de claridades sonoras.

El ángel del idioma impone las palabras. Y las palabras reviven en la canción común, en el diario decir. La palabra del poeta convierte el instante en tiempo, la pasión en forma y el lenguaje en luz.

La actividad de la poesía quiere afirmar la vida como el supremo bien, entrañarle verdad y significado. El oficio del poeta es abrir bien los ojos, es fijar lo que mira con instantáneas verbales.

La poesía sostiene a las cosas cuando la luz las desampara.

El ángel del idioma, sobre las frases de los poetas muertos, alza las oraciones de los poemas vivos. Y lo hace con claridad, hablando humanamente.

Florecerá el poema

Al poeta Óscar González César

Como la primavera volveremos.

Poetas, florecerá el poema:

Oigo una flor

Veo el canto

A dejar testimonio
de nuestros ojos:
de la gloria y el dolor
de estar vivos, venimos.

Para recibir nuestro encuentro
hoy. Fui en la tierra, amigos.

Escribiste, poeta:

“Recorres como el viento

las edades

y pasas como el tiempo

sin pasar”.

En Delfos, en Eleusis
a la edad de quince años
bebiste una copa de luz:
tú bebiste la luz
para instalar el fuego
La luz, la luz, y sombras
a tu canto enlazadas.

Se oye en tu voz el himno
con que la luz frasea
los instantes del ser.

Tú darás testimonio de estos días:
de las claras imágenes dormidas.
No son muchas: Apenas
las que contiene tu mirada.

Ya es tiempo.
Las hojas del otoño
o las manchas de sol
en el verano...
Nos dicen:
Para que todo se cumpla
es necesario que yo muera
y que tú vivas.

Los árboles llueven hojas.
Tú darás testimonio.

Alegoría del verano inexorable (Fábula de estos días)

¡Qué enferma y dolorida lontananza!

[...] ¡Qué inexorable y hosca la llanura!

MANUEL JOSÉ OTHÓN

I. El arte (Colibrí)

Pincelada en corola impresionista.

Ojo del rayo. Música acallada.
Piedra y color del sueño. Derramada
toda tu luz en mí, pájaro artista.

Como no eres la paloma activista
de la paz del Imperio enarbolada
liberal es tu vuelo –joya airada–
chispa fija de voz,
isla a la vista.

Al flujo de la tarde nuevas galas.
El estar íntimo y radiante el trino
es señal colibrí: flor de las alas.

Alas en flor. Sabiduría de plumas.
¡Cada liberación de polen fino
cristaliza tu canto entre las brumas!

II. Nocturno (Sierpe)

“Tiene la noche un árbol” –Y anillada
en áspera raíz, sierpe de sombras.
De escama a escama, sólo voz manchada.
De piel a piel, incendios. Ya en las trombas

marinas y celestes, gira el día
maniatado entre flemas de alma oscura.
La maldita manzana, tuya y mía,
tatuaje es de esa piel antigua, dura.

Los turbios ojos de astro del Gusano
de Apocalipsis nuclear, que explora
y que horada este sueño hasta la aurora...

Incineran un ángel en la hora
en que están deshaciendo nuestra mano
babas de la nauyaca. Ya el sol dora...

III. Ceniza y canto

Ya el sol dora las cumbres del insomnio
y ya la Patria en su fulgor violada
derroca la bandera ensangrentada
donde dio a luz la noche su demonio.

Los rayos populares del otoño
restauran una milpa calcinada
y del reptil la lengua envenenada
destrenza aves, decapita el retoño.

Todo el hosco rumor de este paisaje:
Nuestra tierra en las garras de la usura
la hemorragia del Mal sobre el follaje...

Me arrebatan al alma por los ojos
cuando el Imperio irradia la pavora.
Mas surge el colibrí de sus despojos.

Oración del 18 de septiembre*

Si la poesía no sirve para hacer mejor al hombre
no sirve para nada.

LEÓN FELIPE

I

León Felipe:

Ahora que te haces presente
en tu palabra y su acción,
que tus lámparas terrestres han crecido:
ahora, cuando te has multiplicado

en panes de tu carne
en peces de tu sangre;
ahora que podemos tocarte
con sólo mirar una hoja de tus libros;
hoy que ya eres
“una llama sin tregua”,
hemos venido a entregarte una canción.
Esta canción la ha publicado el viento:
aquel incesante trajinero
entre este sordo valle de crímenes
y la patria sonora de la luz:

* Este poema dedicado a la memoria del poeta León Felipe, fallecido el 18 de septiembre de 1968, fue leído por su autor en Galerías de la Ciudad de México días antes de la masacre -2 de octubre- del gobierno de Díaz Ordaz cometido contra los estudiantes y el pueblo. No publicado en libro, lo incluimos en éste a manera de rescate de una página de poesía testimonial. [Nota del autor.]

canción hecha de barro
que es lágrima cuajada en estrella común.

“La gran poesía como la gran historia
las seguirá cantando eternamente el viento”.

Estás en tus palabras.

Nos dejaste palabras como espadas.

Nos heredaste llamas.

Dijiste que el poema es una crónica
y la crónica un cuento... “La historia
una serpiente que se muerde la fábula
y el poeta doméstico, un cronista
del rey y el arzobispo”.

Nos entregaste fuego entre palabras.

II

La poesía, aquella ventana que tú abriste
ya no la sellará la policía.
La canción que traemos la entonan los muchachos.
Escúchala: es tu antigua, es tu misma canción:
tus salmos y tus versos oscilantes
entre la blasfemia y la oración.
¿De quién es ahora la canción?
¿De dónde viene y hacia dónde va?
¿Es el grito, el clamor de la tierra?
¿Suenan así las voces de la tierra?
¿Son las marchas clarísimas del Cid o del Quijote?
¿Son himnos de ceniza
que brotaron en los campos de Auschwitz?
¿Es el llanto dulcísimo
de los poemas nahuas?
¿O son las elegías españolas
sacudiendo el árbol del canto de los pueblos?

Lo sabremos mañana
cuando en la voz del viento
puedan hablar tus ojos.

III

Lo que cuenta el poeta a los pueblos
está lleno de orgullo.
Lo que cuenta a los pájaros de música.
Lo que cuenta a los hombres de lágrimas
y lo que cuenta el poeta a los mares
–en soledad inmensa–
está lleno de eternidad... Y viento.

Poeta: eres ya tus palabras:
esas piedras
con las que levantamos el camino.

Tú eres *el verbo genésico del viento*.
Y eres el viento, el viento, el viento...
Y también las canciones
que día con día oímos y cantamos.

Tu vida es ahora tu canción.

IV

Tu biografía es pues esta canción.
La que nació entre el dolor de tus ojos.
La que entregaste al hombre
para comprar la luz.
Cuando el poeta habla
se calla el general
se calla el presidente.
La canción del poeta
es la que dicen todos.

Por la gracia de tu voz, León Felipe,
serán nuestros los frutos de la tierra

Sólo vine a decirte:
los cristianos que heredamos tu fuego
la flama que nos trajiste de tan lejos:
del Origen, del Agua, de la Luz, y del Aire...
Seguiremos cambiando señales en la noche:
un relevo de antorchas, un sistema
de alertas y llamadas.

Algún día tendremos
los secretos poderes de la luz
que viniste a enseñarnos.
Y los nuevos poetas nos darán
con las manos del pueblo
los panes y los peces verdaderos.

Poesía: Mito: Mitote
(o El vuelo cadencioso)

A través del lenguaje
(pájaro de mil ojos)

Hablan
–con volutas de nubes–
el ser: el tiempo:
el agua, la armonía
del alma, el aire,
la luz, la tierra...
Vemos rostros: ciudades
por el canto invocadas.
Alas de voz:
Esta escala.
Esta escama.
Este vuelo
–diríase gozoso–
que aún somos.

A través del lenguaje
(fulgor de espejos)
Vemos arder la sombra.
Asumimos la llama
que muere que renace
en vuelo cadencioso.

Versos alternos

(Lectura del poema *Pasado en claro* de Octavio Paz)

Estoy dentro del ojo: el pozo
 donde desde el principio un niño
 está cayendo [...]

[...] las palabras
 son mis ojos.

OCTAVIO PAZ

Oídos con el alma,
pasos mentales más que sombras,
sombras del pensamiento más que pasos,
por el camino de ecos
que la memoria inventa y borra.

¿Dónde estuve? ¿Quién soy?
 ¿Ser tiempo humano es hacer la historia?
 ¿Es la muerte la entrada o la salida del ser?
 ¿Qué somos?

Relumbran las palabras en la sombra.
Y la negra marea de las sílabas
cubre el papel y entierra
sus raíces de tinta
en el subsuelo del lenguaje.

Relumbran las palabras.
 La Otra Voz
 La voz del otro
 concilia las dualidades
 plenas: las fecundas
 alas de los contrarios.

La hora es bola de cristal.

Entro en un patio abandonado:

aparición de un fresno.

Verdes exclamaciones

del viento entre las ramas.

La hora es de cristal:
Unitaria diversa ojoabierta
Las floraciones del espíritu
invencibles, fraternas
completan la melodía
el mediodía el
viento entero del ser.

Estoy dentro del ojo:

Siempre un niño nos mira
desde los ojos del niño
que hemos sido
en el pozo del cuento
y la memoria...

por donde sube el agua y baja

mi sombra.

Las olas hablan nahua.

Las nubes hablan maya.

El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre

¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte?

La Malinche lloró. Lloró dos ríos.
Uno alimentó al árbol sagrado mexicano
y el otro lejos, muy hondo, bajo tierra,
en nuestra vieja lágrima ha venido a llorar.

¿Quién sueña esta
crucifixión del hombre en sangre nuestra?

Ver al mundo es deletrearlo.

Espejo de palabras: ¿dónde estuve?

*Mis palabras me miran desde el charco
de mi memoria. Brillan...*

Llega la sombra, pasa el mundo
con su rumor de hormiguitas y recuerdos.
Voz: breve aurora enterrada.
Sólo lo que nombramos vive.
Brilla y pasa.

*Brota el día, prorrumpe entre las hojas,
el tiempo es luz filtrada.*

Vivimos, frente a todo, entre todos,
el mismo tiempo
el tiempo mismo.
Siempre y nunca es lo mismo.

*A la luz de la lámpara –la noche
ya dueña de la casa y el fantasma
de mi abuelo ya dueño de la noche–
yo penetraba en el silencio,
cuerpos sin cuerpo, tiempo
sin horas.*

Desde este canto el polvo fabrica alas sonoras
y con su sangre encienden el sol nuestros abuelos

En mi casa los muertos eran más que los vivos.

Sin nosotros la casa es un sepulcro vacío
aguardando otros muertos.

*Lo sabía el azteca, lo adivinaba el griego:
el agua es fuego y en su tránsito
nosotros somos sólo llamaradas.
La muerte es madre de las formas...*

La luz: madre también de formas y presencias.

*Animales y cosas se hacen lenguas,
a través de nosotros habla consigo mismo
el universo.*

Dioses y hombres tejen y deshacen
el estambre de oro de los días.
(Silencio:
Un ángel atraviesa el instante.
La luz anda desnuda)

*El universo habla solo
pero los hombres hablan con los hombres:
hay historia.*

Somos el tiempo.
Somos lo que hablamos.

*El dios sin cuerpo, el dios sin nombre
que llamamos con nombres
vacíos –con los nombres del vacío–,
el dios del tiempo, el dios que es tiempo,
pasa entre los ramajes
que escribo.*

Dios no es ya una palabra.
Es su Silencio.

*Espiral de los ecos, el poema
es aire que se esculpe y se disipa,*

*fugaz alegoría de los hombres
verdaderos. A veces la página respira:*

En el poema
la luz con el sonido
da el sentido.

Me veo caminar
entre estas líneas:
en estas calles escritas
por el otro que soy.

*Estoy en donde estuve:
voy detrás del murmullo,
pasos dentro de mí, oídos con los ojos,
el murmullo es mental, yo soy mis pasos,
oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.
Soy la sombra que arrojan mis palabras.*

Soy y somos los días.

Hoy es siempre.

Lo que callamos es lo que soñamos.

Soy la sombra que arrojan mis palabras.

Luz humana vertida por ojos de Pessoa

El poeta es un fingidor.

FERNANDO PESSOA

I

Máscara es persona

Persona: *Personae*: Personaje.

Encarnación del verbo en hombres.

Pessoa: poetas, pueblos en combate.

Encarnación del verbo en nombres.

Poesía: la voz misma de los seres y las cosas, en su ser retomadas.

Lectores, almas, voces,

viven en la voz del poeta:

árboles, rostros, mares, tú mismo

y nos, los otros; los que hablan hoy,

aquí y ahora, en estos versos.

II. Ventanal

He escrito muchos poemas.

No estoy ni alegre ni triste.

ALBERTO CAEIRO

Esta niebla

“como la primera ventana donde el alba golpea
y que me envuelve con un recuerdo de otra persona
que fuese misteriosamente mía”

viene hacia mi persona:

hacia mi alma ya desnuda de máscaras;
hoy que te leo y que te encuentro, Pessoa,
aquí, cerca del mar y de sus rostros.

Ah, los puertos son barcos.

Y aun la vida, nuestro mundo, el poema,
son un barco muy solo.

Y tus versos son barcos
poblados de criaturas deseadas

que reman, cantan, lloran...

hablan con el ser nuestro que las ama

que las llama

pero que pasan y se van:

Hacia la sal y el sol de las playas distintas.

Hacia *lo lejos*. Hacia ninguna parte.

Hacia la puerca irrealidad. Hasta el Origen

y hacia todas las casas de los hombres.

Pasan naciones, himnos, rostros...

Pasan tus libros como alucinados navíos del Oriente
 desde otra mar que en el tiempo se levanta.
 Mientras vemos nosotros, tus salobres discípulos,
 cómo recomienza a lo lejos el oleaje vivísimo
 de las voces que hablan en tus textos.
 ¡Ah, velas entregadas al viento, a la poesía!

Y vemos también, maravillosamente,
 cómo se hunden los acorazados y los yates
 de los dueños–abominables–del–mundo
 rodeados del estruendo y de la mierda dorada del *jet-set*
 y por una espesa corte de hetairas sin clase
 y poetas benditos...
 que son disueltos por las algas y los vientos eternos.

¡Vida y salud!
 A los mundos, a los soles, y a los árboles,
 y a los ríos, y a los montes, y a los mares, y a las
 aves, y a las piedras, y a las nubes y a los días!
 ¡Salud a las costumbres y fervores del hombre!
 ¡Salud a esas amargas claridades!
 ¡Salve, salve a los cielos sin fondo
 pero resplandecientes de la tierra!
 ¡Salud, salud, oh vidas!

De pronto estamos en la proa de tu nave armada de esplendor
 surcando las espumas nutricias de los reinos humanos:
 Reinos que como barcos incendiados de porvenir
 a la noche constreñida de este tiempo nuestro encandilan.

Y desde el cuchillo o la quilla de tus voces

–en la isla secreta que atesora el corazón
de la tormenta–
sabemos finalmente
que “el presente es todo el pasado y es todo el futuro”
y que el único puerto que podemos recobrar:
el sólo instante que nos es dado poseer y dejar
es el tiempo que somos en nuestra propia carne:
nuestro cuerpo en la tierra
nuestra vida en la vida...
“la vida que en el fondo es siempre, siempre la misma”.

La vida llega y pasa, Pessoa.
Pero tenemos los reinos del hombre en la palabra.
Tenemos tu palabra:
esa palabra –Ventanal donde aparece
el mundo.
Y así, como imagen del hombre
revivida en tu palabra,
así es el mundo nuestro en este tiempo
que somos.

Evocación de los días en que nació el poema

De otro diluvio venían dos palomas
en el vuelo de los versos de Ungaretti.
Otras voces brillaban.

Un río de cristales leales nacía de mis ojos.
Recuerdo la entraña dulce de los frutos agrestes
y mis pies caminando en la floresta de palabras.
La vida era una fiesta en los jardines
y colmena de pueblos el poema.

El mundo estaba en los hombros del amor.
El motivo de la luz era imponer
la esencia de sus nombres a las cosas.
En hombros del amor llegaba el mundo.

Entonces el camino se convirtió en palabras.
El lenguaje se adhería a mi piel
como tatuaje de máscaras radiantes.

Supe leer la sombra de los días:
los himnos de la noche
las horas del asombro
el fulgor de los sueños.

Cantos, plegarias daban los buenos días.
Cantaron las barcas sus canciones:
¡Agua, no huyas de la sed, detente!

No huyas, agua, de la sed, contente
oh, clara linfa, en la memoria ávida.
Derrámate, universo, en el humano vaso
de figuras. Agítalas y fluye.

Los licores purísimos del aire
en mi ser se infiltraban.
Aire apolíneo, armonioso,
aire amoroso del idioma:
inflamaste formas y presencias
desde el caos auroral
del pensamiento a solas.

Pero llegaron tiempos
de ceniza y olvido:
las fatigas del alma
la injuria de los dueños
del instante.

El tiempo nos alcanza
cabalgando
el corcel de la muerte.

Poeta, hoy sabes finalmente:
los ojos y las manos del poema
han labrado tu rostro.
Las alas de la muerte y de la vida

mueven tu corazón: hoguera
donde nacen y arden tus palabras.

El mundo está sitiado
por la legión de las sombras.

El poema
persiste en el aire
con los brazos
y los ojos abiertos.

Toluca; mayo de 2010.

Inscripción

No pasa

el tiempo

Abre

Otro lugar

en el espejo

Otro instante

en el sueño.

Fulgor de la máscara

Espejo en esfera

La máscara desnuda
del espejo
-mar de imágenes-
se incorpora se ajusta
a la faz del poema.
Y una flama antigua
se esparce
en deseos:
esos rostros
donde alumbra el alma.
Sentimos
la Unidad
de los seres
y las voces.

Nota al margen

Dentro de mil años, en otro planeta,
hablando de la Tierra: “¿Te acuerdas de
aquel árbol blanco, el abedul?”

ANTÓN P. CHÉJOV,
Correspondencia: 1890-1900

Padrecito:

A pesar
de los cerebros
electrónicos
de la odisea espacial
y de los hongos
atómicos
el siglo XIX
no termina de pasar
para este lado del mar.

El rostro de un amor

El rostro de un amor
que creíste olvidado
inscribe
estrellas de nostalgia
sobre el espejo nublado
de tu ser.

Pongo al calor de la poesía
–en memoria y ofrenda–
un destello del amor
que me otorgó la gracia
de hacer mi palabra.

Amor de aquellas horas. Floreciste.
Vivimos el instante
de la luz del asombro
en nuestros ojos.
Nadie hablará ya de ese misterio.
Ha sucedido el polvo.
El mundo es el de siempre.

En el latir disperso de esos días
donde hemos vivido o renacido
se ilumina esta tierra que te hizo.
Mi alma lo recuerda.

Gorgona

Que se detenga el tiempo sin tocarte.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Mira nomás.

Qué cosas vemos:

Por esta calle
que pisamos
pasa un rostro
como el tuyo
dentro de
veinte años.

No te enojés.
Ésta que vimos
culpa mía no es.
Tampoco tuya, no.
El tiempo
es culpa ajena.
Y su rostro
es el nuestro.

Mira, amorcito,
cuando el tiempo
te alcance,
estaré junto
a ti, de veras; sí, cariño...
te lo juro, vidita.
Ya pasó, ya, ya...

Cariátides

(Júbilo y sombras para imágenes de Aurora Reyes)

No es una sola muerte,
es la muerte con mil
máscaras distintas.

DOLORES CASTRO

Una puerta en el viaje hacia la luz.
Una puerta en la tierra hacia la sombra.
¿Qué niebla sin contorno habrá detrás?

AURORA REYES



El día sustancial

muere y renace
en el día leal
a la hora cierta.
Mas nace para ver
cómo se abren
las alas homicidas
del átomo inocente.

Muestra la tierra
un ominoso cielo
de piedras en delirio.
Esta fiesta termina
entre palabras duras.
Estas paredes oyen
nuestra muerte.

¿Quién avienta los astros?
¿Quién solloza?
¿Quién pide
que le den el abismo?

Nadie responde.
Y detrás de los espejos
que rodean este universo
no hay nada
o hay *nada*:
Una ausencia de mundos
un silencio clarísimo.
El resplandor: Un canto
que suena para sí mismo
y tiene
todo el tiempo del cosmos
toda la luz del tiempo
todo lo que no somos
por ser esto que somos
sin quererlo:
criaturas del miedo,
alimañas y flores.
Tigres de sombra
que la luz deshace.
La luz, la luz, cuchillos,
pedernal, joyas hoscas y ciegas,
joyas vivas: este clamor, tristeza.
Fuga, terror de las estrellas.



El día tiene, a veces,
aquel rumor de agravio
que nos hunde
y nos ata
a la noria al agobio
a la tristeza
al tiempo denso
de la vida.

Suena una piedra
en la ventana

Hay horas en que el mundo
muestra su cobre y cobra
el color de la cólera y del miedo:
ese apagado ruido de monedas
comidas por el polvo
caídas en los ácidos
luminosos del día.
Porque es nuestra herencia
“una red de agujeros”
otro tiempo: estos días.

Llega entonces la noche
y las cosas regresan
a un clamor, a un tejido
de raíces y cielos
recorridos
por la alterna corriente
de esas

funestas criaturas que somos
(bestias y dioses hemos sido)
Nacimos del Gran Miedo
que hizo temblar la tela
de las cosas.

Suena la vida entonces
como suena una piedra
en la ventana

Y aquí estamos:
navegando el azogue
desde el lado feroz
de los espejos.
Perdidos en un tiempo
que no aclara
que no amanece
y pesa.

Algunas veces vemos
que maduran los astros
en la otra orilla del sueño
y aquí –desde este lado
oscuro del espejo–
desviamos la luz.

Y suena la ventana
sin que una piedra rasgue
el cristal ni la noche



Y aquí es cuando tú llegas, Aurora.
 Aquí entras en la escena.
 Aquí rompes el cuadro
 con tus versos, tu brisa,
 con tus burlas hermosas
 contra todas las cosas
 que oscurecen la vida.

Estás llena de gente redentora
 –Frida y Diego, los Revueltas, Siqueiros,
 Nicolás Guillén, Efraín Huerta, Enriqueta,
 Margarita Paz y Juan de la Cabada,
 entre otras almas que en tu obra perduran–
 (yo no creo en tu muerte, a tu vida canto)
 viva de amor, alta de fuego, nutrida
 de raíces poderosas.

Madre Señora de la vida y de la muerte.
 Señora del poder sobre las flores.
 Madre Coatlicue, tierra, Patria, lucha.
 Regidora del cambio en nuestra sangre.
 Recolectora de frutos, Reina de la danza.
 Cazadora del sol y del relámpago.
 Domadora de sombras. Guardadora del sueño.
 Conductora de peces y de flamas;
 el mundo retrocede
 cuando tu pueblo impulsa su codicia de ola
 y levanta la voz.

Llegas, Aurora Reyes, del mar,
de la luz de tu infancia,
del amor, del poema,
del amor de la luz
del asombro y del fruto
de la sombra y del fuego.

Llegas Aurora Reyes
y mi vida atesora
lo que nos dijo Éluard:
“Hay otros mundos
pero están en éste”.

¡Viva la vida, Aurora!
¡Viva la poesía!
Y mueran los poetas pesimistas.
Y mueran los poetas
que esgrimen como espadas de palo
poemas optimistas:

Los poetas festivos, los poetas folklóricos,
los poetas históricos,
los poetas histéricos,
los poetas telúricos y los poetas cívicos.

Nazcan nuevas palabras.
Sirvan éstas nomás para decirte
que yo te amo, Aurora,
con un amor sin tiempo
sin culpa y sin medida.
Te amo desde tu risa

hasta la puerta
que en el viaje se abre
hacia la luz.

Ven, hermana, amiga, canto.
Ven alegre, madre, ala.
Vamos caminando
con mi mano en tu mano
con tu voz en mi voz.
Vamos, Aurora Reyes,
a imponer el mundo donde sueñas.

Para ti las manzanas y los pájaros
(nuestra es la tierra)
Para ti los poemas
Para ti los muchachos y los pueblos
Para ti toda la música y el río
que enlaza a los astros con los rostros.

Aquí te entrego esta llave de plata
que ha de abrirnos la puerta:
Las puertas de la tierra hacia la luz
Abriremos esa puerta cuando quieras.

Trofeos que dejó la tempestad

Mi corazón mesopotámico, país
entre dos ríos.

GERMÁN PARDO GARCÍA

1. Memorias del fuego

Chispas de la luz que estalla

fecundando la mente vuelta surco.

Inteligencia: Irradiación en fuga.

El Hombre te buscaba, Inteligencia.

Y flotabas encima de aguas de la Luz

Y arrebataste el Logos, parto blanco,

a ese vientre auroral que es el Espíritu.

Y la Idea engendró a la Palabra:

Grito puro del hombre. Contraseña.

De teogonías cálidas

De astros que regresan

del Caos que no cesa

De un tambor de dioses...

Arrastrando las sales y las formas

llegan nubes de vidas

a los senos en llamas de la Tierra.

De cavernas, abismos, del aire y sus almenas,

del fuego y sus quimeras, del pleamar del Éter,

están llegando luces, ideas, Energía

a la mente del hombre.

De un oleaje de mundos
De equidistantes ciudades en la Esfera
De suspensos cristales en el polvo...
¡Siguen llegando estrellas a los ojos del hombre!

Para formar las líneas del humano semblante
subieron las especies después de la Batalla.

En la noche primordial,
poblada de lunas derretidas,
de chatarra de astros
–densa ausencia del alba–
el corazón del hombre
era un pozo de miedos.
Por los nerviosos túneles del hueso
se movían palancas de los actos reflejos
y una brusca inalámbrica de instintos
y el hambre de las manos
se hundieron como ruda caricia en la Materia
y brotó la Razón, esa fogata eterna.

Este faro da al hombre Ley de vida
que es sonido y sentido de su misma existencia:
 La palabra al servicio de la idea.
 La mente en comunión con la conciencia.
 Y el hombre en ascensión a su destino
 por la espiral sin fin del propio esfuerzo.

2. Relato de Poseidón

Y el hombre floreció
Y la voz tuvo un cuerpo.
Acudieron los átomos,
las células cordiales...
y fue el dolor. Y fue el canto.
Y fue la forma.

Cuando la fiera humana salió de sus cavernas
dio el primer paso y cayó, se alzó de nuevo
y mordiscos de rocas, quemaduras de lava
torturaron su inmensa, su azorada inocencia.

Las aturdidas aves de sus brazos
giraban ante el sol.
Y navajas de fuego moldearon el cerebro
Y él ya fue aullido que estremeció milenios
Y oyó tronar los ecos más duros que su grito
Y vio que eran los pájaros, las bestias...
Y se sintió desnudo. Y tuvo sed y hambre.
Y se echó a caminar.

3. Dice el poeta

Hoy retorno a tu reino, mar, memoria
de los tigres del sol; remonto el sueño
y devuelvo mi sangre a su hondo dueño:
Océano del mundo, agua de noria,
rosas de polvo y aire, única historia
de las olas labrándome esta herida
donde escondo mi muerte tan querida.
Al dormirme regreso a tu presencia
y al deshilar el hilo de la ausencia,
hilas, oh mar, en mí la luz cumplida.

Quiero tu furia, mar; dame tu miedo.

El agua encantadora de cristales
transfigura las algas y los mares
en la mirada nuestra que se mira
en espejo de lágrimas y esferas.

Falta aún recoger los “no me olvides”:
los anuncios del sol y del oleaje.

El mar es como el sueño: un movimiento
del tiempo hecho pedazos...

4. Habla el mar

Yo soy el mar que alza
 el monólogo del hombre
 y suspendo mi globo de peces y milagros
 cuando la rosa avanza y se deshoja
 en mis labios de sal / Cincelo el canto.
 Los astros navegan en mi voz...
 Empujo al sol y él abre su camino
 sobre la hosca enramada de la sombra.
 Traigo y atraigo barcos, y ciudades,
 ciertas aves, planetas...

Destruyo y formo el mundo.
 Doy ángeles y bestias de mar a los poemas.
 Inspiro: dicto el fuego.
 Hago llover doncellas o palabras esbeltas.
 Deshago a manotazos la tempestad y suelto
 peces y alondras hacia el agua del día.
 Busco a mis hijos desde aquel litoral
 que desató mi cabellera de resplandor
 sobre la fortaleza amarga del misterio.

Muevo mi alfarería de montañas,
 de pájaros y bosques.
 Sublevo los climas, las playas,
 las lenguas, las banderas
 de aquellos altos, tristes, bellos,
 –también desamparados de su nombre–
 pueblos resplandecientes.
 Un día reducidos a las turbias
 alquimias de lo humano salvaje:

No pudieron ser dioses.
No supieron ser hombres.
Esos pueblos se agitan
en los furtivos rostros
de mi oleaje,
en las nubes que pasan
y en las praderas
de silencio y prodigios
que en mis abismos
y en tu sueño fulguran.

Esos pueblos levantan
mi escritura de olas.
Claman, sueñan, lloran,
suenan, hablan, cuentan
lo que olvidan las piedras
lo que olvidan los hombres
lo que saben las algas
y la luz de la tierra.

Recuerda:
Soy el mar
que retorna
de ala en ola.
Y te advierte:
Para Vivir
en mi
revuelta
patria,
hijo mío,
hay que tener
agallas.

Me amarás:
Soy tu espejo.
Mira en mis aguas
los rostros
de tu alma.

Me amarás: Soy el mar.

5. Habla el viento

Y el agua sobre el agua, como el día
que invade al tiempo y lo incinera y canta;
sólo la sed, la arena que se imanta
y nos devuelve oscuridad vacía.
Todo volverá a ser. Tu dinastía
polvo será en mi aliento: altiva llama
que enardece otra ola con que inflama
la seca piel del mundo. Y será hoguera
hasta que el mundo, como el miedo, muera
y de nuevo el mar alce su flama...

La llama de otro mundo y otro fuego,
de otro polvo mejor que éste que sueña
y deshace los sueños, la pequeña
edad de lo prohibido, el rostro ciego.
El mundo ha envejecido, el mundo lego
clausurado en su orgullo; no el poema
ni mis aves dirán su oscuro lema.
Pero en los mares se hundirán banderas
de olvido noche a noche: las primeras
señales de otro mundo que se quema.

6. El poeta declara

Canta la vida, muerte, en tu cintura
y con su espuma suenan los cristales
del tiempo y la agonía: ventanales
que se abren a la sombra, a la hermosura
de la noche apacible y fuerte y pura.
Soy la lumbre en el agua: ¿Qué sería
del mundo y de la estrella, muerte mía,
si tú no estremecieras nuestra boca?
Fondo del mar y el ser sólo se toca
cuando arrancas la piel que nos mentía.

Sueño marino, aquí, teje mi vida;
sobre el viento y la noche lo despliego.
Los años sucedieron como un juego
de niños sin pudor: marea vencida.
En mar de piedras la ilusión caída
respira a penas hoy; busca mi verso
otros signos y miedos / pero inmerso
en este puño airado va mi canto.
Y les entrego así, limpio de llanto,
mi corazón abierto al universo.

7. Sortilegio de oro antiguo por la hermandad

Por esta avenida de voces
que ayer aventaron mis pasos
a clausurados cielos
a un reino de tinieblas
hoy brotan en impulsos
en estelas de lumbre
otros abismos:

Amasaste lágrimas procelosas
para pulir esa Estatua del Hombre
a la que añaden ritmos los deseos.
Y recorreremos, entre bueyes sagrados,
la calzada de los reyes y los héroes.
Y los dioses murmuran:
Todo imperio sucumbe por secreta ley.

Te lo cuento al oído:
Vino hoy nuestro hermano.
Y alzó el brazo: deshizo
con injurias mi cara
y con venenos
con ominosa alquimia
trasvasaba en mi alma
su amargor de gárgolas impávidas.

Después arrojó al fuego mi figura:
a un voraz cementerio
de astros y rostros.

Mas tu presencia, hermano, cura las heridas.
Y así como se enlazan las espigas
a las luces del día,
así mi alma marcha muy cerca de la tuya.

Esta tarde, caminando a tu lado,
te digo: La poesía es un puente:
una palabra que hace recordar:
Todos venimos de la luz.

Recordarás los soles de esta tierra
y sus horas y frutos: su lindura
...mañana, cuando el viento
despliegue tu pasión en nuevos mundos.
Quizá entonces
De la noche nutricia
De un intrincado vientre de presagios
ha de insurgir el hombre señalado:
el Semejante el Pródigo
y ha de seguir labrando
aquel barro sonoro
-arcilla lenta esta-
tan mal cohesionado todavía.

Lleve el pueblo las armas de la luz.
Y el viento, el viento, el viento -el aire
ha de incendiar el Cielo
y habrá de llevarnos
a nacer nuevamente
en el agua lustral de los mundos posibles.

Nuestras vidas son ríos.
Nuestras obras son peces en el aire.

El mar nos llama.
Sube la tierra con la voz.
Todo retorna al Caos y al Origen...
El Amor y el Deseo
están ya por decirnos
sus leyes: sus destinos ocultos.

Nuestros ojos declaran...
Oigo tu voz que me habla
y me dice:
 Volverás a la Tierra
 para cantar esos días
 que prepara la Vida:
 Tejedora de soles y de aves.

Que nuestros sueños sean
cada noche más claros.

Himno por Altazor

Alto azoro, Altazor, altos instintos:
montañas alucinadas pones
en los pies y en los ojos de tus lectores.

Imágenes del mundo: cielos, ríos...
Fosforece en la luna, tan ufana
y desnuda de sombras,
otro mar: espejismos.

Acontece la noche, el día, las batallas.
Suceden los ritos, los ritmos y los ruidos
de poemas en lucha.

Altazor el poeta, eres el hombre
que te creó:
el chileno Vicente Huidobro,
un ángel de muchas flamas,
burgués bárbaro que combatió
las falanges de gallinazos engreídos
y se alzó contra nubes de turbios mascarones.

Oh, Altazor el poema, siempre amaste
las luces, las voces y los vientos
que vienen de los astros.

Oh, Altazor es un hombre
de pie sobre el oleaje
de los sueños.

Vicente Altazor, forjaste armas:
árboles militantes
para la España sitiada, quebrantada,
con otros poetas de los mares libres
hiciste oír el himno de cenizas y gloria
por nuestra hermana España.

Conduces los ríos
que revuelven el mundo:
ríos de planetas parlantes.
Cazaste mundos con tus tigres verbales.
La poética de la llama fue la cruz
y el oriente de tus cantos.

Tu rayo calcinaba esqueletos
que al arder, dieron luz.

Una serie de incendios, esto son los poemas.
Dijiste que el poeta es un pequeño dios
que crea otra vez las cosas al nombrarlas
con el ala y los dedos del relámpago.

El poeta vive hilvanando esas horas
permitidas a la existencia humana.

Eres el hombre, Altazor.
Tu voz nos llega inflamada de auroras.

Todo habla hoy en noche.
La muchedumbre marcha entre clamores
a combatir por la voz de los pueblos,
por la luz, por la Patria,
por el canto y la brisa,
por el trigo y los soles.

La tierra ama a los hombres verdaderos.
Entrega los frutos de la luz y del tiempo.
Los rollos del mar vivo despliegan nuevas leyes
para abrir ventanales a un claro humanecer.

Altazor, caminas ablandando las piedras.

Vienes al lado de los cristos recientes.
Yo me inclino a tu paso
y me envuelvo en las palabras de tu manto
y te ofrezco mis horas
y pongo ante tu espíritu
el fervor de mis pasos.

Apareces nuevamente en la estrella
que nos mira y nos toca.

Altazor, Altazor, Altazor...
Eres el hombre infinito.
En la niebla de estos días enciendes
estelas de candelas que nos guían.

Guirnaldas para Rubén Bonifaz Nuño

Amé también los labios puros de la sabiduría.

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

I. Invocación

A la mitad del camino de mis días

quise vivir los sueños, los motivos del ángel;
 tener, conmigo, el habla clara,
 crecer en mi palabra, alondrecer las horas.
 Y encontré los destinos del poema, caminando
 a tu lado, Maestro: renaciendo
 en los pasos –estelas– de tu luz.

Con huesos a compás, Rubén, hombre de saberes
 y decires, guardador de corderos hechizados,
 instructor de lumbres y tinieblas...
 busqué siempre el sonido, abrigo,
 el manto, tuyo, de palabras purísimas:
 alborozo, en espiral las cadencias,
 árbol de pueblos del idioma; árbol
 de vidas. Árbol que arde de voces.

Nos embriagas de luces.
 Mi corazón de gozo atolondrado
 si pudiera cantar a tu manera
 brincos diera.

Con chispas de soles traducidos
traes a nuestros días
poetas y dioses que reviven
en máscaras eternas, canciones
por tu voz recobradas.

Aquí entretejo símbolos, a la buena
de Dios, al ojo llano, entre
flores de prosa, y por decir,
digo, porque nos vale, este conjuro:

Conejo azul, nahual piadoso, caballito,
danos el círculo de tragos, tráelos
hacia el centro irradiante: Ceiba,
nodriza vegetal que savia de los siete
cielos, en la vena de pueblos, derrama.

Oigo flores de música.
Atabales, guitarras,
en noche blanca, suenan.
Eres la fiesta. Eres ya nuestro canto.
Desde tu voz me miro:
*Círculos de perlas en los huesos
trepan y hacen camino, y la saliva
del amor y la sobresaltada
máscara alegre del amar se cumplen.*

Tiras las cartas, Rubén Bonifaz.
Pagas por ver. Echas tu resto.
Y tu *siete de espadas* y el as de oros
de la poesía muestras.

La vida y la muerte que nos debes,
y sigues barajándolas, aturden dulcemente.

Algo vale la vida.
Fue por suerte
que mis palabras pobres se juntaran
en tu órbita ilustre de relámpagos
sometidos por la magia.
Fue mi suerte. Que la poesía colme
de palabras riquísimas tus días.

Ha llegado mi sangre al lugar de
su inquietud. Y pido la palabra
a otro hermano mayor, a Juan Ramón
Jiménez, y con su voz te lo digo:

*No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra*

Los deseos y los ángeles de tu obra perduren.

II. Amistad

Por virtud de un instante de gracia
Dios lo quiso:

Al margen de los trabajos y el estudio
tus días se disuelven en delicias
del humo iluminado, en esas horas
de la charla y del chiste y de la copa
que de amigo en amigo, van de ronda.

Y con Jaime o sin él, y otros que llegan,
a la cantina popular, alguna vez, acudes;
el sol sobre la mesa va y viene,
y aparece en los labios del pueblo,
cuando alguno, de repente inspirado,
recita: *Amiga a la que amo: no envejezcas...*

Alboroto entre hermanos:
“Eres famoso, órale”; “Salud, mi buen Rubén”;
y tan sereno, bebes el vino
de una gloria sin manchas
y una fama cortés,
y al no marearte, echas a risas
los prestigios de leche condensada
en las ubres sabidas
–Esos tales, coloquiales por cuales,
poetas que ladran a la luna de moda,
investidos con telas desganadas.

Por la amistad brindamos.
Por el amor, por la mujer que reina
en todas las naciones de tu verbo poético.
Y brindo y hago mías
palabras tuyas que son
comunes y sagradas,
y desde *Fuego de pobres*,
contigo, pido:
Amiga, no me olvides; no me olvides,
amigo; no te pierdas, espérame.
Yo, el de las cartas sin destino;
el de palabras no creídas,
el que siembra en lo oscuro, te lo pido.
En el vientre o en la rosa del verbo
nació el amor y su espiga alumbrada
se hizo carne en la vida
y en los tiempos del hombre.

El poeta declara, aclara:
Sobre los amantes
da vueltas el sol.

Para decirlo a todos.
Para que recordemos juntos, escribo.

III. Fervor

En el centro alquímico del fuego, para que perdure la llama poética, ha de alumbrar una mirada que sólo en (a) sí misma pueda realizarse, asumirse y consumarse, iluminando al lector, y así repartirse en las aguas incendiadas del poema.

Fulgor en espiral rehace,
al fervor tuyo, nuestro mundo.

Con tus libros, maestro,
verso al hombro, camino,
y converso, y mis pasos mido,
y voy deshilvanando el deseo
solar de tu palabra:
No cesará el tiempo del amor.

Amigo don Rubén Bonifaz:
los enigmas de este mundo,
y de otros, cuando los oigo
en tus ojos, son diáfanos,
y afables: ya comarcas sonoras:
este enjambre radiante
de palabras que ocupas
al nombrarnos.

El amor llega, nos contempla y pasa.
Mas este sol revive por prodigar el oro
de las horas tenidas en su manto.
Así perdura en su luz y nos impone
joyas, guirnaldas de alegría.

Con tu corona de palabras magnéticas
donde juegan su suerte el fervor y el asombro,
nos devuelves el dolor, la alegría,
el esplendor y la furia terrenales,
la gloria de estar vivos, y los mundos
que palpitan en las alas del lenguaje;
destierras sonidos sin sentido;
calcinas la miseria de espíritus vendidos;
alumbras con miradas del fuego; iluminas
los límites de la aventura humana,
los anhelos de luz y de absoluto,
el desgaste del alma por la vida;
nos devuelves el habla, el cuerpo, los deseos,
y la vida y la muerte; nos lo devuelves todo.
Y confiesas, llorando, en nuestro oído,
palabra por palabra, todo lo que nos pasa.

Para que lo cuenten y lo canten
los hombres a los hombres.
Para que no se borre el canto,
el fuego, la hermandad, la hermosura.

Y te vemos y oímos
vivir en tus palabras.

Toluca; marzo-abril de 2010.

Dije lo que dormía

Dije lo que dormía en mi palabra.

Di cauces al caudal de las sílabas
remisas. Removí otras escrituras
del agua, los aires de la luz.

La voz es luz. Hablar es ser.
Los deseos encienden el lenguaje.
Lo que toca mi lápiz, vuela:
rompe el cordón de miedos
que me ataba al abismo.

Roca y verbo se ablandan.

El poema es la música del tiempo.
El idioma está en pie. Oye su canto.
Nos alcanza el rumor. Camina el río.
La poesía desata una tormenta
de soles sobre el mundo.

El día nace el mar renace.
Recomienza la hierba.
Un árbol canta.
Basta cambiar la voz:

Todo ocurre de nuevo.

Índice

7 Explicación no pedida

Lívidos antifaces del deseo

13 Hablemos

14 Soñar el son neto

15 Ilusión del relámpago

19 Unidad (Alabanza a la poesía de Jorge Guillén)

25 Escrituras: Veneros

26 Medalla alfonsina

27 Hebra de humo esta voz

30 De mitos culturales amerindios

34 Parlamentos

36 Heraldo

Figuraciones voces rostros

- 39 El ángel del idioma
- 41 Florecerá el poema
- 43 Alegoría del verano inexorable
- 46 Oración del 18 de septiembre
- 51 Poesía: Mito: Mitote (o El vuelo cadencioso)
- 52 Versos alternos (Lectura del poema *Pasado en claro* de Octavio Paz)
- 57 Luz humana vertida por ojos de Pessoa
- 61 Evocación de los días en que nació el poema
- 64 Inscripción

Fulgor de la máscara

- 67 Espejo en esfera
- 68 Nota al margen
- 69 El rostro de un amor
- 70 Gorgona
- 71 Cariátides

- 78 Trofeos que dejó la tempestad
- 90 Himno por Altazor
- 93 Guirnaldas para Rubén Bonifaz Nuño
- 100 Dije lo que dormía



El poema:

eco de espejos, de Raúl

Cáceres Careno, se terminó de imprimir en julio de 2013, en los talleres gráficos de Jano S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Hugo Ortíz. Formación y diseño de portada Juan Carlos Cué. Cuidado de la edición: Christian Ordóñez Bueno, Elisena Ménez Sánchez y el autor. Supervisión en imprenta: Juan Carlos Cué. Editor responsable: Félix Suárez.